

LIBROS

Carmen Martín Gaité, de la literatura a la historia

Carmen Martín Gaité, salmantina de 1926. Doctora en Filosofía y Letras. Premios Café Gijón y Nadal. Obras: «El balneario» (1955), «Entre visillos» (1957), «Las ataduras» (1960), «Ritmo lento» (1962), «El proceso de Macanaz» (1969) y «Peijoo» (1970). Esposa del novelista Rafael Sánchez Ferlosio. Una hija.

—Hemos escrito en estas mismas páginas que has sido, que eres, la novelista de los menudos hechos cotidianos de la pequeña burguesía que se agota en la capital de provincia; pensamos que tal vez radicó en ella tu origen social, pero entonces, ¿cómo lograste liberarte de su prisión mental y volverte sobre su mundo para describirlo e interpretarlo?

MARTIN GAITE.—Pertenezco a una familia burguesa de Salamanca. Mi padre, notario, era de ideas liberales y creo que su manera de pensar me ayudó bastante. El conocimiento de Ignacio Aldecoa (muy tempranamente, en mil novecientos cuarenta y tres) también me ayudaría. No encontré graves dificultades para realizarme; fui de los primeros estudiantes que salieron de España después de la guerra mundial, y ya en mil novecientos cuarenta y siete estuve en Portugal, en Coimbra, en viaje de estudios, y en mil novecientos cuarenta y ocho, en una Universidad de verano francesa. Al regresar decidí dar el salto a Madrid sola, y así lo hice en mil novecientos cuarenta y nueve. El reencuentro con Aldecoa creo que fue decisivo. El me puso en contacto con el «grupo». Después, en mil novecientos cincuenta y tres, me casaría con un escritor, aunque esta circunstancia no influiría sobre mi carrera de novelista. Tengo que decir que mi marido ha visto siempre mis libros una vez publicados. Así fue como alcancé perspectiva suficiente para observar mi mundo primero.

—Se ha hablado muchas veces de tu «grupo», del «grupo» por antonomasia en aquel tiempo. ¿Desde mil novecientos setenta, cómo lo definirías?

M. G.—Casi todos procedíamos de la Universidad y el núcleo lo constituyeron las revistas de entonces, «La Hora» sobre todo. Yo creo que lo que vertebró al «grupo» y le dio homogeneidad fue la necesidad que todos teníamos de inventar la propia formación, dadas las características de la época. Un día alguien llegaba con el libro de un italiano que se llamaba Pavese. Otros conseguían las ediciones francesas de Camus, de Sartre, de Saint Exupéry, y nos las pasábamos. Avanzábamos contra la marea de la cultura establecida. Ya sabes los nombres: Rafael Sánchez Ferlosio, Sastre, Quinto, Medardo Fraile, Carlos Lara, Mampaso y, desde luego, Aldecoa y la que sería su mujer, Josefina Rodríguez. Hacíamos vida bohemia, recorriamos lo que lla-

caos de cierta etapa histórica para ordenarla. Dejaste de hacer literatura.

M. G.—Describí el mundo en que había crecido. Me atraía su tristeza. El recuerdo de la guerra civil, ya puesta entre paréntesis, pesaba aún. Elvira, el personaje de «Entre visillos», recita aquel poema juanramoniano, «raíces hondas en la tierra...». Este ha sido mi lema. A comienzos de los sesenta creí que ir a las raíces de las cosas ya no podía hacerse en la novela, y después de una apasionada lectura de estudios sobre el diecisiete y el dieciocho caí en la cuenta que podría hacerse en la historia. Pensé que cabía ensayar una forma de relato diferente, incluso, modestamente, inventar un género. Más tarde me llegaría a las manos una declaración de Sartre sobre novela e historia, a propósito de Flaubert. Me alegré: coincidía con él. Leí mucho, durante años, sin resolverme a reconstruir en un libro la vida de Macanaz. Un día, en Si-

gustaría terminar un ensayo que titularía «De madame Bovary a Marilyn Monroe». Ambos personajes, el novelesco y el auténtico, se identifican en su común sentimiento de vacío, de fracaso, de hastío. Afecta a muchísimas mujeres.

—Para Flaubert tenía su origen en la condición humana: «Madame Bovary soy yo», decía.

M. G.—Pero en la mujer, por obvias razones, es más notorio y más intensamente vivido. Yo no soy feminista, algunas mujeres han desenfocado el feminismo. Pero me interesa el estudio de la condición de la mujer. También preparé un ensayo sobre los principios del malestar matrimonial en el siglo dieciocho y sobre la institución del «coraje», que suponía para la mujer disponer de los servicios de un segundo hombre que se ocupaba de sus cosas pequeñas. Esto se establecía incluso en el contrato matrimonial. Trato de encontrar un enlace entre esta situación y el amor romántico que nacería inmediatamente después.

—Hoy parece existir también un malestar, una crisis de cambio en las relaciones hombre-mujer.

M. G.—Existe, aunque más aparente que real. Hay, sí, un malestar provocado por la insatisfacción o el aburrimiento. Y es siempre malestar de uno sólo, no de dos. Proviene de la búsqueda individual de la propia identidad. De los problemas de esta búsqueda. Habrá que encontrar las posibles razones históricas. El tema, el tema histórico, me apasiona.

■ EDUARDO G. RICO.



Carmen Martín Gaité

mábamos la Casbah —es decir, Barbieri, Augusto Figueroa, Libertad, todas las típicas calles de este barrio que alguien ha bautizado hace poco como «la orilla izquierda», nos reuníamos en cafés... Ah, también estaba Jesús F. Santos, que ahora hace cine... El «grupo» se hallaba algo emparentado con la denominada Universidad Libre de Gambrius. En Gambrius se encontraban a diario Juan Benet, Martín-Santos, Eva Forest, Miguel Sánchez-Mazas...

—Decidiste escribir volviendo la mirada a la provincia. Ganaste el Nadal, publicaste novelas cortas, cuentos y de pronto sobrevino la crisis, pensamos, y entraste en el

mancas, investigando sobre el tema, me topé con una carta muy significativa que estableció una sintonía perfecta entre el personaje y yo. Se sabe que Macanaz era tesonero, terco. Sin embargo, aquella carta del final de su vida revelaba que había tenido dudas y sentido incluso desesperación. La suya era la historia de un fracaso, de una derrota. Sentimentalmente me advertí muy cerca de don Melchor.

—La tragedia del hombre vencido por condiciones exteriores a él, como en el cuento de Borges, a pesar de su imaginación y de su empeño.

M. G.—El problema me seduce fuertemente. Ahora me

Américo Castro, polemista

Se conoce muy bien la fuerza polémica que han tenido siempre los estudios históricos de Américo Castro. Es memorable la discusión que sostuvo ya hace varios lustros, con otro historiador de extraordinaria talla, Sánchez Albornoz. Su voz conserva el mismo vigor incluso en trabajos mucho más modestos, aunque siempre brillantes por sus originales aportaciones y por la agresividad de su estilo. Tal es el caso de su reciente opusculo «Español, palabra extranjera: razones y motivos» (Cuadernos Taurus).

Preguntarse por el origen de la palabra «español» supone, asimismo, poner en cues-

tion el origen de los conceptos «España» y «español» tal como los definimos hoy. Américo Castro acepta como válida la tesis del profesor suizo Aebischer, quien señaló, ya en 1948, la procedencia provenzal de la voz. En opinión de Castro, los españoles, bautizados así desde fuera, aparecen como pueblo «lenta-mente constituido a lo largo de las duras peleas de la reconquista cristiana». Esto representa que no ha habido una España visigoda, ni había españoles en Numancia o Sagunto. «Los cristianos que emprendieron la tarea de ir arrojando a los moros hacia el Sur de la Península, carecían de un nombre secular que los aunara a todos...». El nombre penetró desde el Sur de Francia «por la vía de las peregrinaciones a Santiago». El único nombre común que hubo hasta entonces fue el de «cristianos». Para Américo Castro, en los reinos cristianos «lo religioso primaba sobre lo secular». Y añade: «El nombre de esta nación (España), hoy tan obvio, designaba, en los siglos X y XI, la tierra peninsular dominada por los musulmanes, no los reinos de León y Castilla».

En el último de los trabajos que integran este breve volumen, el profesor Américo Castro justifica su método: «Mi historiografía aspira a ser explicativa y no demoleadora. Tiende a usar el examen del pasado y la observación de lo ingratu y de lo atroz, dejando a un lado sectas y partidismos, a fin de extraer de todo ello vacunas que inmunicen contra el caimano y la autodestrucción». Un método que se enfrenta a otros hoy más en vigor, por ejemplo al socio-económico, para el que Américo Castro no tiene precisamente palabras elogiosas. Acusa a los que lo utilizan de «fanática arrogancia», pero en su apasionamiento polémico el juicio parece volverse sobre él. No dudamos un punto de muchas de sus certeras explicaciones acerca de ciertos hechos singulares de nuestra peculiar historia. Pero sus aciertos no constituyen motivo suficiente para tratar de establecer imperialmente su metodología. Para conocer la historia verdadera de un pueblo no sólo no puede prescindirse de los datos socio-económicos, sino que éstos resultan fundamentales si se quiere obtener una correcta interpretación. ■